

## RAMIRO FLÓREZ Y ARIAS MONTANO: DOS ERUDITOS, DOS HUMANISTAS

Por ISABEL BALSINDE  
*Fundación Universitaria Española*

Cuando me encargaba de la sección de libros antiguos de los siglos XVII y XVIII en la biblioteca del Palacio Real, a principios de los años noventa, tuve ocasión de conocer a Ramiro Flórez, que frecuentaba la biblioteca para consultar sobre todo textos de Arias Montano. Día a día teníamos ocasión de charlar y, a veces, cuando terminaba mi jornada laboral, nos acercábamos al Café de Oriente a tomar un pincho. En 1995, Consolación Morales, patrona delegada de la Biblioteca de la FUE, me propuso colaborar por las tardes en esa institución. Fue entonces cuando mi relación con Ramiro Flórez se hizo más frecuente.

Un año después me incorporé a la dirección de la biblioteca de la Fundación Universitaria Española, a jornada completa, y abandoné definitivamente el Palacio Real. Eso fue en octubre de 1996, y recuerdo que Ramiro Flórez se alegró de tener ocasión de verme más a menudo y de este modo poder iniciar algún trabajo juntos. Así surgió el libro *El Escorial y Arias Montano: ejercicios de comprensión*. Nos reuníamos en algún restaurante a cambiar impresiones, luego en su casa de Madrid y, por último, en su casa de El Escorial, donde pasábamos ratos estupendos con su mujer, Amparo. Me propuso entonces encargarme de la edición de este libro, y contribuir a él con la parte bibliográfica y bibliotecaria de Arias Montano. Así lo hicimos, y el libro salió adelante. Un par de años después, Don Ramiro me comentaba alegre que el libro “se había agotado”.

Después de este trabajo, nuestra relación continuó siendo cálida y charlábamos en su despacho de la Fundación de sus próximos artículos o de su interés por el tema de la globalización, entre otros. Y de cine, que en él era más que una afición. Disfrutaba compartiendo sus conocimientos y, como buen filósofo, trataba de analizarlo todo desde diferentes puntos de vista, para lo que implicaba a su interlocutor. Siempre centraba su discurso en el ser humano.

Tras la desaparición de Don Ramiro, no quiero dejar pasar la ocasión que me ofrece el Seminario de Pensamiento para contribuir al homenaje de uno de sus más importantes representantes.

Por consiguiente, trataré de recordar el interés de Don Ramiro por todo lo relativo a Arias Montano y El Escorial, basándome en nuestras conversaciones y en el libro que preparamos juntos.

En el panorama cultural de la España de Felipe II destaca la figura de Benito Arias Montano (1527-1598), teólogo, político, esteta y transmisor entusiasta de conocimientos. Participante activo en los problemas de Flandes, vistorio de Portugal, destacado en el Concilio de Trento y director de la magna *Biblia Regia* (o *Políglota de Amberes*), fue sacado de su retiro por Felipe II para dirigir la biblioteca de El Escorial y adoctrinar a los frailes en el saber de las lenguas orientales. A su actividad política y diplomática unió una formación humanística muy amplia, que abarcaba el conocimiento de ocho lenguas y estudios de teología, artes y filosofía en las universidades de Alcalá de Henares y Sevilla. Su estancia en Flandes le permitió conocer a figuras ilustres de la talla de Justo Lipsio, Plantino u Ortelio, entre otros, así como imbuirse del ambiente protestante, que pudo contrastar con su formación católica y sus planteamientos contrarreformistas.

Arias Montano, como humanista y cristiano, adopta el principio hermenéutico como arranque metodológico. La Escritura bíblica era intérprete de sí misma. Así parte siempre de la literalidad pura sin abandonar los sentidos simbólicos, por lo que sigue siendo también una de las claves de comprensión del Escorial definitivo y último.

Nos habla bastante de sí mismo en sus obras, de sus amistades, de sus estudios, de sus aficiones, de sus habilidades diplomáticas, de sus anhelos de vida retirada, etc. Sin embargo, da la impresión siempre de que algo queda por decir o que hay algo detrás de sus palabras.

De personalidad seductora, creaba admiradores inquebrantables y fidelidades a toda prueba, a la vez que adversarios despiadados. Se habla de que tuvo algunos discípulos, pero realmente fueron alumnos deslumbrados, incapaces de adoptar posiciones críticas ante las sentencias de su maestro.

Pero en el libro que estamos comentando no se ha pretendido (no hubiera sido posible) descifrar todas las incógnitas. Arias Montano nunca quiso ser, ni fue, filósofo, pero no pudo evitar la toma de una postura con relación a la Filosofía, que había condicionado la casi totalidad de los saberes de su tiempo. En este sentido, es un claro exponente del tipo de intelectual que caracteriza las inquietudes mentales de su época. Es el humanista, el pensador condicionado por su biblismo esencial.

No puede decirse que su formación filosófica fuera deficiente, dado el ordenamiento pedagógico que le tocó vivir. A sus estudios de Artes en Sevilla, llevados dentro de un tomismo de legal observancia, añade y superpone sus estudios en Alcalá, en el marco de la apertura de las tres vías (tomismo, escotismo y occamismo). En muchas había criticado la vacua palabrería de muchas materias en el sistema educativo. Por lo que toca a las disciplinas filosóficas, sólo alaba el estudio de la Lógica y la Dialéctica porque ordenan el ejercicio de la razón y porque son auxiliares de la Retórica.

Su atracción bíblica estaba alimentada por su amor a la Teología. Por ello fue llevado a Trento, donde se le admiró. Pero esa vocación biblista exigía unos grandes conocimientos del pasado y de las lenguas clásicas y orientales, que Arias Montano tenía. Con la tarea de biblista nace su obligada condición de humanista. Su metodología consiste en adoptar el género llano, familiar y sencillo de interpretación del texto bíblico, partiendo de la misma significación de las palabras.

Desde muy temprano en su vida de escritor, alentó el deseo de escribir una obra que resumiera y mostrara lo más íntegramente posible su pensamiento, nacido y fundamentado en sus conocimientos bíblicos.

Según fray José Sigüenza, Arias Montano iba mucho más allá de una actitud desdeñosa hacia la Escolástica. Se trataba de una crítica razonada: según él, lo sagrado de la Teología quedaba desnaturalizado al haber sido encapsulado en conceptualizaciones de la Filosofía clásica o pagana. Quedaba así fuera de la razón reconciliadora del Renacimiento. Pero el texto bíblico era también texto literario y sería demoledor que esta crítica

a una filosofía se deslizara hacia una crítica integral de toda la razón inquisitiva, de toda aplicación y función constituyentes de la racionalidad humana. Esa actitud de Arias Montano hacia la filosofía, precisamente por no estar teorizada adecuadamente en sus escritos, nos resulta hoy demasiado esclavizada al sistema de necesidades intelectuales e inmediatas del momento. Ahora bien, mirar sólo a Arias Montano desde el lado de su desdén por la Filosofía sería empobrecerlo; este aspecto hay que restringirlo al ámbito de la religiosidad. A ello hay que unirle su humanismo cultural, que consiste en centrarse en el hombre como ser histórico y en la apertura ilimitada a todos los ámbitos temporales del saber humano. Hay que sumar también su simpatía por un neoestoicismo (siguiendo a Justo Lipsio) que se esfuerza en ser religioso. Es un humanismo que desea concordia, reconciliación y tolerancia.

En cuanto a El Escorial, se mire como se mire, ha de pensarse siempre en la completa y entera visión de sí mismo. De ahí la dificultad de aislar temas o estudios parciales que ofrezcan una comprensión adecuada en su exposición. El Escorial es plural y ante todo presencia del poder, y por ahí debe comenzar cualquier intento de comprensión de la obra en sí. Como centro cultural posibilitado por la magnificencia de la obra fundada por Felipe II no rindió los frutos deseables, con eficacia proyectiva hacia el futuro.

Seguramente Arias Montano fue el primero o uno de los primeros en tener noticia oficial y directa del deseo del rey de establecer una biblioteca en El Escorial. La cosa iba más allá de una biblioteca útil y necesaria y se hace a Arias Montano el supervisor y seleccionador, además de responsable financiero de todos los libros. En los documentos existentes puede comprobarse la seriedad y actividad febril con que se apresuró a cumplir el mandato del rey, en todos los lugares por donde fue (Italia, Francia, Alemania, Flandes). No sólo se preocupa del envío de los libros, sino también de los datos materiales con los que han de cuidarse.

Pero las novedades que intentó introducir, por necesidad de la biblioteca y por otras, como fueron los estudios filológicos (en concreto el árabe y el hebreo) trajeron disensiones y, aunque se dieron órdenes claras para su desarrollo, nunca se cumplieron institucionalmente. Por otra parte, la ausencia de una actitud puramente teórica contribuyó a reforzar el estancamiento y paralización ante lo nuevo. Unido a la idolatración de la letra bíblica iba el desdén por la razón discursiva, por toda filosofía que

no fuera el acercamiento hacia un estoicismo devoto como forma de vida y una religiosidad interior, pero sin coherencia estimulante para todo el ámbito del conocimiento humano, como postulaba el gran monumento. Arias Montano tuvo sin duda motivos para sentir temor y no arriesgarse a flexibilizar las estructuras existentes. Era una época poco propicia para la especulación y la conceptualización. Por eso, testigo de un modo de sentir y pensar de su época, fue a la vez su esclavo y sólo le incitaba a hacer obras literarias o plásticas.

Hay un apartado en el libro que estamos comentando dedicado a la obra *Humanae Salutis Monumenta*, realizada por Arias Montano. Se trata de un libro devocional, que puede parecer ingenuo, pensado para enseñar y para deleitar. Se caracteriza por su horacianismo de base y por la presencia de muchos otros autores clásicos. Su autor sentía la poesía y quería ser un poeta, y poeta cristiano. Conocía perfectamente los modos y formas poéticas de la Biblia. Tenía igualmente interiorizados los modos y formas de los poetas clásicos. El problema que se le planteaba era ¿cómo construir una literalidad que se ciñera a la finalidad deseada de sincero mensaje cristiano? Cuando hace gala de los amplios conocimientos de los poetas clásicos que cita en su obra, siempre los ubica en el contexto elegido del mensaje que trata de exponer, obviamente cristiano.

La ambigüedad del poeta se complica por su afán de escribir en latín. Ya en su tiempo le criticaban por no querer apearse de su latín, y él se justificaba diciendo que era lo normal, porque escribía para latinos. Cuando los mejores intelectuales intentaban escribir en castellano para hacer de él una lengua culta, Arias Montano escribe un castellano que deja mucho que desear, si lo comparamos con el de sus colegas de las mismas inquietudes intelectuales y religiosas. A él le venía mejor escribir en una lengua aprendida y que dominaba hábilmente.

El éxito del libro en Europa se puede deducir de las numerosas impresiones hechas en vida del autor. Es la obra más popular de Arias Montano. En España, sin embargo, fue un fracaso rotundo. El libro había sido editado en Amberes y refleja perfectamente el ambiente espiritual y bíblico de Flandes, cansado y aburrido de confrontaciones ortodoxas, que buscaba lecturas artísticamente atractivas y espiritualmente relajantes. Iba dirigido lo mismo a clérigos que a laicos, y llevaba bien claro en la portada una de sus finalidades: “para recrear el ánimo de las personas piadosas”. Pero en España, el concilio de Trento limitó la lectura de la

Biblia. Además, el hecho de estar escrita en latín, cuando en España ya había surgido una literatura de libros de piedad escritos en castellano y accesibles a todos los públicos, fue un obstáculo más.

En todo caso, el libro es representativo de su tiempo, lo que refleja el clima cultural y espiritual de Europa. Y el de España, que en ese momento vive una tensión y preocupaciones distintas.

También analizó Ramiro Flórez el lado artístico de Arias Montano, al que calificó de esteta en su modo de contemplar la vida. Pero siempre supeditó el arte a la función didáctica de atracción y a la iluminación de contenidos religiosos, políticos y sociales. Sus acciones artísticas serán proyectos de transmisión de saberes para el ennoblecimiento de la interioridad espiritual.

Estamos en la España del siglo XVI, en la que la religiosidad era el entramado más aglutinador y definitorio de la vida social, el clima que se respiraba y el canon discriminatorio de conductas y comportamientos tanto individuales como colectivos. En esa sociedad le tocó vivir a Arias Montano.

Como escritor debutó con la poesía. La poesía es para él el arte en que la mente humana es más libre. No obstante, considera que la pintura es el arte más útil porque es también el que mejor expresa la hermosura natural, hasta el punto de poder engañar a los sentidos. En cuanto a la escultura, va precedida por la fase previa del dibujo y la pintura. En ella prima como punto de partida el contenido y configuración de la mente. También recomienda encarecidamente el conocimiento de la arquitectura. Sin embargo, no suele considerar de forma aislada y singular a la música.

Acorde con su atención a las artes está su relación con los artistas. Insiste en la necesidad del aprendizaje artístico ante los artistas creadores. Sabemos que el mayor círculo de amistades artísticas lo reunió en Flandes y en Roma, pero no tenemos sin embargo noticia de las relaciones, que debieron de existir, con los artistas de El Escorial.

Arias Montano establecía de forma rápida e intimista una corriente de empatía con los artistas que encontraba en su actividad de estudioso. Con algunos el encuentro se tradujo en colaboración. Su forma de relación con los creadores podríamos calificarla de humanista, en el sentido en que abarcaba e implicaba comunicación con las vivencias estéticas, y a la vez tolerancia y respeto ante las intencionalidades iconológicas. Por encima de la competencia por destacar, los humanistas buscaban crear

un mundo comprensivo. Hoy esto puede parecerse a un amaneramiento o exceso de retórica, pero Arias Montano, dentro de ese clima, reorientaba la vibración de la vivencia estética hacia la didáctica y la pedagogía religiosa.

Define el arte como la razón que trata de emular a la naturaleza (*Aemula naturae ratio*). Pero en él no se da nunca una disociación entre belleza natural y belleza artística.

Termino aquí y concluyo recordando, como al principio, el interés de Ramiro Flórez por enfocar sus estudios desde el punto de vista del hombre. Así, Arias Montano, a la vez que ha sido estudiado en su faceta externa de político y diplomático, ha sido visto en su interior, en su faceta humana, en su melancolía y en sus renunciaciones.